



LOS JUGADORES DE AJEDREZ, cuadro de Otto Erdmann

## SUMARIO

LA SEMANA EN EL CARTEL, por J. R. R.—NUESTROS GRABADOS.—EL MARTIRIO DE LA GLORIA (*Novela de telon adentro*), *continuacion*, por D. Enrique Perez Escrich.—QUIEN SIEMBRA VIENTOS..., por D. Pedro María Barrera.—CRÓNICA CIENTÍFICA, *Non plus ultra*, por D. Eduardo Benot.

GRABADOS.—LOS JUGADORES DE AJEDREZ, cuadro de Otto Erdmann.—EL SUEÑO, por Hans Makart.—MÚSICOS ÁRABES, dibujo de A. Fabrés.—LA ESCLAVA, estatua, por Jaime Ginotti.—LA VENTA DEL AMOR, dibujo de R. Rossler.—Lámina suelta.—¡ABSUELTA!... copia de un cuadro de J. Weisen.

## LA SEMANA EN EL CARTEL

Bruselas acaba de celebrar sus grandes fiestas nacionales, y en ellas, como era de esperar de una ciudad tan culta y tan refinada en el culto de las bellas artes, no ha tenido escasa participacion la divina música. Un gran festival dividido en dos partes, ó mejor en dos conciertos, es el mayor y más digno acontecimiento artístico de la presente semana.

Se inauguró esta solemnidad, organizada por la *Nueva Sociedad de música* de Bruselas, con la ejecucion íntegra de una obra clásica, *La fiesta de Alejandro*, oda de Dryden, puesta en música por Haendel.

Las producciones de este antiguo maestro son de aquellas que no se discuten; se admiran. En *La fiesta de Alejandro*, á través de un desarrollo admirable, sobresalen delicadísimas melodías y vigorosos trozos de conjunto.

Acrecentaban el interés de este primer concierto tres compositores belgas, con sus producciones inéditas: Benoit, Radoux y Van den Eeden.

Benoit es, en cierto modo, el Rubens de la música: tiene irresistible propension á lo grandioso, á lo desarrollado, quizás diré mejor á lo gordo, si ha de valer la frase. Su *Himno á la belleza*, que es la obra estrenada en el festival, es de todas las suyas quizás la más exagerada, así en los medios como en los efectos: el compositor no ha desdeñado recurso alguno, de todo ha sacado partido; así hay en ella coros, orquesta, órgano, trompetas tebainas y una larga hilera de arpas, elementos variados, fecundos en vigorosos efectos, que en cierto modo ocultan la verdadera pobreza de inspiracion melódica.

Radoux ha dado á conocer la overtura de su ópera inédita *Andrea Doria*. En esta composicion se desarrolla con notable amplitud y no escasa ciencia un tema excelente que palpita en todas partes y adquiere al final un brillante estallido de sonoridad. En cuanto á Van den Eeden, con su episodio sinfónico *Al siglo XVI*, inspirado en la sublevacion de Flandes contra la dominacion española, ha dado pruebas de ser un compositor de talento y un notable colorista. Quizás esta composicion al igual que el *Himno á la belleza* ya citado, peca del afán de buscar ruidosos efectos, manía que en estos últimos tiempos se ha apoderado de ciertos autores, en detrimento del estilo puro y severo, enteramente rehido con el barroquismo.

El segundo concierto fué de prueba para los solistas y demás ejecutantes que ejercitaron su habilidad y maestría en obras ya conocidas, muchas de ellas originales de antiguos maestros, como el melancólico *Requiem* de Brahms, al que cupo una interpretacion acabada. En este segundo concierto revelóse un violinista á quien los periódicos dan el epíteto de *prodigioso*. Llámase Mr. Thomson, procede de Lieja y es aún muy jóven, uniendo á una agilidad y limpieza inverosímiles, un verdadero caudal de sentimiento. El descubrimiento de este *virtuoso* recompensa con creces los esfuerzos de la Sociedad iniciadora de esta solemnidad artística.

En verdad que bien poco hay que mencionar en la presente semana por lo que respecta á teatros. La última quincena de agosto viene á ser un período de transicion entre la frivola temporada de verano y la campaña de otoño, con la cual inaugúranse los primeros teatros, acumulando las empresas toda suerte de medios para salir airoas.

Bien podria llenar el espacio hablando exclusivamente de los preparativos que en todas partes se observan y en todos los tonos se anuncian; pero no me tiento ese instrumento llamado *bombo*, del cual tanto se abusa en los actuales tiempos, y prefiero ser cronista de realidades positivas, mejor que de pomposas promesas.

Sin embargo, entre las obras que se están representando con éxito creciente, cúpleme incluir la nueva opereta de Strauss *Der Lustiger Krieg*. (La guerra divertida), donosa historia de un sencillote aldeano holandés transformado inopinadamente en Duque de Limburgo, por obra y gracia de las más peregrinas circunstancias. Es esta produccion una verdadera avalancha de música de baile, llena de originalidad y saturada de alegría, y por lo mismo que es muy ligera, promete recorrer la Europa en breve espacio. Por de pronto ha saltado de un tirón desde Viena á Paris, en cuyo teatro de la *Renaissance*, dispónense á ponerla en escena lo más pronto posible.

La guerra anglo-egipcia, con todo y estar aún pendiente de éxito, ha inspirado ya algunas obras dramáticas. En Nápoles represéntase un drama titulado *Árabes y cristianos ó las matanzas de Alejandria*; y miéntras en el *Palacio de Cristal* de Lóndres se dan continuas representaciones del bombardeo de Alejandria, con el título de *Arabi Pascha*, represéntase en varios teatros de provincia un drama, informe mezcla de fantasía y desenfadado alarde de realismo, puesto que en él aparecen algunos

personajes de los que más figuran en la presente guerra. Esto demuestra á lo sumo la flemma del pueblo inglés que sabe mirar como un simple pasatiempo la pavorosa cuestion egipcia tan preñada de conflictos.

Pocos conocen de nombre al maestro Massa y todo el mundo se ha solazado con una de sus obras *La prova de una ópera seria*, que hace ya muchos años recorre la escena española con el título de *Campanone*. Pues bien, Massa, sin duda por no ser ménos que Auber, que á una edad muy proveya aún componia música impregnada de espíritu juvenil, acaba de escribir dos nuevas obras jocosas tituladas: *El primer amor* y *Un matrimonio en secreto*, de las cuales hacen elogios, cuantos de ellas conocen algunos fragmentos. ¡Dichosos los hombres que frisando en los ochenta años son aún tan jóvenes como á los veinte!

En el teatro de las *Fantaisies parisienses* se ha estrenado con éxito dudoso un drama titulado *La judía de Chateau-Trompette*, inspirado en una novela de Ponson de Terrail. Es una produccion judicial, excesivamente complicada, que más que agrado produce mareo.

Para la representacion de *La ciudadana Teresa* de Erckmann-Chatrion, se prepara un aparato extraordinario, debiendo figurar en este episodio de las guerras de la primera república batallas, desfiles, bailes y otros espectáculos análogos, íntimamente ligados con el argumento.

En Aix les Bains hacen las delicias de los que allí veranean el célebre pianista Planté y la notable orquesta Colonne; y en Trouville, sitio de baños tambien, se ha puesto por la Judic una comedia opereta de Serpette intitulada *La Princesse*, con éxito extraordinario.

Y ya que escasean las novedades, permítaseme reproducir, para terminar, un fragmento de diálogo entre un periodista y el dramaturgo Victoriano Sardou, quien está terminando una obra, sin título todavía, cuyo papel principal destina á Sarah Bernhardt.

—Después de este drama incógnito, le preguntó el periodista, ¿qué más escribirá Vd.?

—Tengo en cartera, contestó Sardou, más de quince en proyecto, pero sólo escribiré cinco ó seis. Después me retiraré y veré cómo trabajan otros.

—Tan pronto?

—Estoy decidido á no emprender ya en mis últimos años un combate fatigoso contra el público de Paris. Este público no es el de mis primeros tiempos de autor. Hasta 1870 las primeras representaciones de una obra celebrábase ante un concurso de parisienses, personas ilustradas y de gusto, que iban al teatro para oír tanto como para ver. Pero en el día, la noche de los estrenos, no se ven más que egipcios, turcos, tunecinos, gentes que ni entienden el francés, ni se divierten en el teatro como no les enseñen mujeres en carnes...

Esta perversion del público no tiene ya remedio. De aquí á diez años no se representarán verdaderas obras dramáticas más que en el *Teatro francés*. En los demás pondrán decoraciones muy bellas con mujeres desnudas... Ante este porvenir, los autores deben retirarse y ceder el campo á los arregladores de magia ó á los domadores de fieras.

Tal vez no están fuera de razon los tristes recelos del autor de *Dora* y *Odette*.

J. R. R.

## NUESTROS GRABADOS

LOS JUGADORES DE AJEDREZ, cuadro de Otto Erdmann

Varios han sido los artistas que han escogido para asunto de sus mejores cuadros este noble juego, figurando entre ellos el famoso Meissonnier. El pintor Erdmann, sin haber llegado á alcanzar la fama del artista francés, ha dado una relevante muestra de su aptitud pictórica en el cuadro de que es copia nuestro grabado, y cuyo conjunto es tan armonioso como delicados sus detalles. La figura de la dama que contempla con cierta socarronería á su contrincante, está muy bien entendida, viéndose expresada en su rostro la satisfaccion que siente por haber puesto á aquel en un aprieto. La del jugador, que tiene concentrada toda su atencion en la combinacion que deberá hacer para eludir la efectuada por su competidora, es tan natural como bien dibujada, y tanto en ellas como en la del personaje que contempla el juego, se echa de ver la seguridad con que el pincel de Erdmann sabe tratar estos asuntos, y el provechoso estudio que ha debido hacer de las diferentes actitudes de las figuras.

EL SUEÑO, por Hans Makart

No se rindió ciertamente á la fatiga: el apacible sueño que cerró sus párpados fué ocasionado por las emociones que embargaban su espíritu. Se aproxima el día de su boda, y en el alma de la jóven se agita todo un mundo de ilusiones y de esperanzas. Con esta idea se ha dormido y con esta idea sueña. En este estado, que ni la medicina ni otra ciencia alguna explicarán jamás de una manera satisfactoria, figúrase estar en una estancia desconocida para ella. En un rincon se encuentra el traje de boda y en ese traje pegan corazones los amorcillos, ni más ni ménos que una modista pegaría lazos ó un joyista piedras preciosas. Y en verdad que esos corazones á guisa de adornos deben halagar la vanidad de la niña, aún más que los brillantes y las esmeraldas, que

debieran relegarse al tocador de las viejas ó de las feas. Desgraciadamente no todas las muchachas casaderas piensan de esta suerte, y así anda el diablo suelto en la mansion de muchos matrimonios. Soñando amores es fácil encontrar la dicha; soñando vanidades es difícil evitar el rompimiento.

MUSICOS ÁRABES, dibujo de A. Fabrés

El asunto de esta composicion confirma una vez más el aserto emitido en nuestro número anterior con respecto á las aficiones que predominan en los artistas modernos hácia las escenas de la vida oriental. Los músicos árabes que ha dibujado el Sr. Fabrés, son tipos de atezado rostro y traje miserable, gente de vida vagabunda que es fácil encontrar en las calles del Cairo ó de Damasco entreteniéndose á la multitud con los acordes de sus raros instrumentos y sus monótonos cantares. El uno, anciano y ciego, apoyado en la pared, golpea maquinalmente un tambor; el más jóven, sentado á sus piés, tañe una especie de rabel de extraña forma. Ambas figuras son notables por su dibujo y actitud y revelan en su jóven autor concienzudos conocimientos del natural y notable espíritu de observacion.

LA ESCLAVA, estatua por Jaime Ginotti

Escultura admirable de formas y expresion. No es el esclavo de Miguel Angel que pugna por romper sus ataduras; es la virgen cristiana que contempla con horror la suerte que la espera. El semblante revela de una manera acabada los sentimientos que dominan á la presunta huésped del serrallo; la vergüenza está pintada en ese rostro, al paso que la contraccion y actitud de todo el cuerpo indican claramente que la resignacion que tal vez tendria para arrostrar la muerte, no la tiene para afrontar el oprobio de su servitud. Los hierros que la oprimen dejan presumir que ha intentado rebelarse contra su adverso destino; y en su desesperacion maldice sin duda de su hermosura, que hace de ella una mercancía tan estimada como inmoral. El autor de esa estatua ha de estar satisfecho, porque no siempre se siente como se debe, ni se ejecuta como se siente.

LA VENTA DEL AMOR, dibujo de R. Rossler

No se alarmen nuestras bellas lectoras al fijar la vista en el título anterior, pues aunque desgraciadamente no falta en este pícaro mundo quien venda el amor y comercie con él, y lo que es peor, aunque tambien haya quien lo compre, está muy lejos de nuestro ánimo la idea de presentar un afecto que debiera ser siempre puro, en una de las degradantes fases á que lo han hecho descender las miserias humanas. El amor que vende el muchacho representado en nuestro grabado es simplemente de yeso, un cupidillo que ofrece á las lindas jóvenes acomodadas á la ventana, las cuales lo examinan como deseando averiguar si el divino niño es, á pesar de su ceguera, tan astuto y fatal como algunos dicen. El vendedor callejero lleva de reserva en su cesta una Vénus, un grupo figurando al Amor y Psiquis, y otras mitológicas divinidades no ménos incitantes. Ignoramos á cuál darán las jóvenes su preferencia, pero si no la otorgan al diminuto dios, á buen seguro que este se introducirá en su morada de otro modo que por medio de una venta en efigie, pues la pequeña, pero acerada flecha de que va armado, sabe abrirle paso hasta los corazones más impenetrables, y ¡ay de quien pretenda resistirle!

¡ABSUELTA!... copia de un cuadro de J. Weisen

Precioso asunto y excepcional ejecucion. Una honrada jóven ha sido acusada de un delito y privada de libertad por esa justicia humana, que con ser humana está dicho que está sujeta á error. ¡Cuál no ha sido el desconsuelo de la familia! Separarse de uno de sus más queridos miembros; perderlo y perderlo bajo el peso de una acusacion infamante, en espera de una condena que herirá á un tiempo á una porcion de inocentes... Pero ¿es posible? Esa niña en cuyos ojos se miraba su excelente madre; esa niña á quien sus amantes abuelos citaban como ejemplo de bondad y dulzura; esa niña que era la providencia de sus tiernos hermanitos; esa niña ¿se habrá hecho culpable de un delito? No, no es posible; los ángeles no se manchan las alas ni aún cuando bajan á la tierra... Llega el día tan temido, el día de la vista de la causa, y la familia entera está reunida en el vestibulo del tribunal, cuyos umbrales no se atreve á franquear, temerosa de asistir á la condenacion de la acusada. ¡Cuál late el corazon de todos! ¡Con qué avidez fijan los ojos en aquella puerta que para ellos puede ser la del cielo ó del infierno!... De repente, una exclamacion de júbilo y la aparicion de una jóven, pálida, desconcertada, que cae, mejor, que se precipita en los brazos de una anciana!... La buena madre, á la vista de su hija absuelta, lo primero que hace es dar gracias á Dios en un arranque sublime de expresion. El hermano mayor saluda con un ¡hurra! á su hermana; otra de las hermanas levanta en alto á la más pequeña de ellas, cual si la cediera las primicias de los abrazos que han de repartirse con abundancia, y el abuelo, privado de la vista, se encamina á tientas al encuentro de su nieta, como si le faltara tiempo para bendecirla. Los demás personajes están no ménos en situacion, y el conjunto es tan completo, como acabados son los detalles. ¡Un aplauso al autor de ese magnífico lienzo!

EL MARTIRIO DE LA GLORIA

Novela de telon adentro

POR DON ENRIQUE PEREZ ESCRICH

(Continuacion)

—Vamos, hija mia, no hay motivo para tantas lágrimas, aún estamos á tiempo; tú eres demasiado hermosa para que te falte un hombre de tu clase que se desviva por hacer tu felicidad. El conde de Valaoz no te conviene, aunque te ame con todo su corazon, aunque esté dispuesto á llevarte á los altares; conozco á su padre, es uno de esos nobles que no transigen con los casamientos desiguales; orgulloso de sus timbres, nunca consentirá que su heredero se una con la hija de una cómica. Los pobres, los que no tenemos escudos, blasones, ni pergaminos para acreditar la antigüedad de nuestra raza y la nobleza de nuestros apellidos, ni grandes fortunas; los hijos del trabajo como nosotros debemos tener tambien nuestro orgullo; procura desechar de tu alma y de tu corazon ese naciente amor: cree á tu madre.

Angela, calculando que por entónces habia dicho lo bastante, se puso á hablar de otra cosa, pero con profundo pesar observó que sus consejos habian entristecido á su hija.

Aquella madre recelosa, enamorada, fingiendo la más perfecta serenidad en el semblante, observaba durante los entreactos al conde de Valaoz y á María.

La pobre muchacha, ménos maestra en el arte del fingimiento, no podia dominar las impresiones de su alma. La sola presencia de Octavio la causaba una gran impresion; hacia esfuerzos por dominarse, por parecer indiferente, queria sonreirse, pero aquella sonrisa tenia algo de gemido.

Angela siempre en acecho comprendió que su hija sentia una verdadera pasion por el conde y esto le causaba profunda pena.

María iba perdiendo su alegre carácter y los hermosos colores de su semblante. La tristeza y la meditacion reemplazaron á esa encantadora viveza tan proverbial en ella.

El amor comprimido minaba su cuerpo buscando un refugio en el virginal santuario de su alma.

El conde aprovechaba todos los momentos, todas las circunstancias para cambiar en voz baja algunas palabras con María, y la pobre niña sólo al ver que se le acercaba Octavio, se ponía á temblar.

Angela lo observaba todo, y como una madre no retrocede ante nada cuando se trata de la felicidad de su hija, una noche le dijo en voz baja al conde:

—Tengo necesidad de hablar á V. sin testigos.

—Me tiene V. á sus órdenes señora,—contestó el conde en el mismo tono.

—El caso es que no sé en dónde podríamos vernos.

—Iré á donde V. me mande.

Angela vaciló un momento y luego dijo con resolucion:

—Espero á V. mañana en mi casa, á las tres de la tarde.

—Iré,—contestó el conde inclinándose.

Angela volvió á tomar parte en la conversacion general con más viveza, con más verbosidad que nunca; parecia como si quisiera olvidar que acababa de darle cita á un hombre por la primera vez en su vida.

Al dia siguiente á las dos de la tarde Angela le dijo á su hija:

—Va á venir el conde.

María se estremeció.

—Es preciso que yo le hable, puesto que tú no te decides á olvidarle.

María se cubrió el rostro con las manos.

—Conviene que no te vea; te ruego, hija mia, que te encierres en tu cuarto de estudio mientras el conde permanezca en casa. Dios querrá que tu madre pueda hacer algo por tí.

María se encerró en su habitacion.

Angela dió orden á la doncella que cuando viniera el conde de Valaoz le condujera hasta el gabinete.

Luego cogió un libro y esperó.

Cuando el timbre de la puerta anunció la visita, Angela dirigió una mirada al reloj: eran las tres en punto.

Luego se dijo hablando consigo misma:

—Esta escena de la vida real es de las más difíciles que he representado en mi vida: allá veremos.

El conde se presentó en la puerta. Angela le envió una sonrisa y le tendió una mano.

Aquella mujer era aún muy hermosa. El conde estrechó la mano de Angela y se sentó en una butaca.

—Amigo mio,—le dijo la actriz con alegre entonacion,—puede V. alabarse de ser el único hombre

á quien he pedido una cita; si esto se supiera en el mundo de los maldicientes, mi reputacion de mujer honrada se derrumbaria como un castillo de naipes.

—De sobra sé yo, señora, que no es la mujer sino la madre la que me cita,—contestó Octavio inclinándose.—Tengo además formado un concepto muy ventajoso de la dueña de esta casa para pensar nada que ni remotamente pueda ofenderla.

—Gracias, Octavio; las palabras de V. me ahorran la fraseología de una enojosa introduccion, así es que comienzo por decirle secamente que le he citado para hablarle de mi hija.

—Lo sospeché, señora, desde el primer momento y le agradezco con toda el alma esta cita.

—No soy hipócrita ni he de emplear rodeos para decir lo que quiero; V. me conoce, y esto bastará para disculpar á una madre. María le ama á V. con toda su alma; este amor me quita el sueño, me atormenta, me mata, porque leo en el corazon de mi hija como puede leerse en un libro. Si V. no fuera el conde de Valaoz, el heredero del duque de Monte-escueto; si V. perteneciera á una familia más humilde yo le diria: «Octavio, cácese V. con mi hija; es un ángel que ha sentido por V. el primer estremecimiento de amor, es una pobre sensitiva que se conmueve ante la presencia del hombre que ha despertado su alma del sueño en que dormía;» pero eso es imposible: entre V. y mi hija existe una valla social que no puede saltarse y previendo el peligro me ciño á decirle á V.: «Amigo mio, ¿quiere V. unirse á una madre para salvar á su hija?»

Octavio miró á aquella mujer que le hablaba con la sonrisa en los labios y los ojos llenos de lágrimas. Nunca la voz de Angela habia tenido en el escenario del teatro un eco más dulce, más suplicante, que en aquel momento.

El conde sentia algo desconocido que conmovia su alma.

—Señora, estoy dispuesto á hacer todo cuanto V. me mande. Yo tambien amo á María, conozco toda la felicidad que ese ángel de la tierra puede conceder al hombre que ama; y aunque no la he hecho una declaracion formal, he adivinado que las simpatías que ha sabido inspirarle á mi corazon eran correspondidas, pero yo como V., conozco la distancia que me separa de María, no por mí, por mi padre, porque á ser libre y dueño de mi voluntad, desde la primera palabra que V. ha pronunciado ya hubiera caido á los piés de la madre de María para suplicarle que lo fuese mia.

Octavio se detuvo.

—Sí, conozco al duque,—añadió Angela,—sé que no consentirá nunca que su heredero se case con la hija de una cómica; esto no me ofende, lo encuentro lo más natural del mundo.

El conde inclinó la frente.

—Por eso mismo,—añadió Angela,—no le pido á V. que se case con mi hija: los pobres, señor conde, tenemos tambien nuestro orgullo, pero confiando en la nobleza de carácter del ilustre heredero del duque de Monte-escueto, de mi buen amigo Octavio, le pido que me ayude á salvar á mi hija.

—¿Qué debo hacer, señora?—preguntó Octavio.

—Creo que bastará, porque afortunadamente el mal se encuentra en su principio, que V. nos borre de la lista de sus amigos.

—Grande es el sacrificio que V. me pide, señora.

—Un viaje al extranjero, un año de ausencia se pasa pronto; yo mientras tanto procuraré convencer á María; ella es dócil, Dios me ayudará en mi empresa.

Y Angela diciendo esto exhaló un profundo suspiro como si ella misma no confiara en salir victoriosa.

—Obedeceré, señora, por mucho que me cueste: esta noche tendré el sentimiento de presentarme por la última vez en el cuarto del teatro á despedirme de mis amigos, y dentro de dos dias partiré para Alemania.

Angela estrechó la mano del conde y le dijo verdaderamente conmovida:

—Gracias, Octavio.

—Sólo tengo una exigencia.

—¿Cuál?

—Que si logro convencer á mi padre, lo cual dudo mucho, V. no me negará la mano de María.

Angela se quedó mirando á Octavio como si no le comprendiera.

El conde mantuvo aquella mirada sonriéndose, y añadió:

—Porque yo amo á María, señora, la amo con toda mi alma, sé los tesoros de ternura que se encierran en su virginal corazon, y á no impedírmelo condiciones sociales, exigencias de familia, en las que toma parte hasta la reina de España, ántes de un mes tendria la envidiable felicidad de que María se llamara la condesa de Valaoz.

Angela palideció: Octavio acababa de enseñarle su hermoso corazon, pero al mismo tiempo la habia hecho comprender que la voluntad de acero de su padre el duque de Monte-escueto, las exigencias de su elevada posicion le imponian deberes ante los cuales se hallaba dispuesto á sacrificarlo todo: hasta la felicidad.

Angela se llevó las dos manos al pecho como si algun agudo dolor la atormentara, y murmuró en voz baja estas palabras:

—¡Pobre hija de mi alma!

CAPITULO III

EL DUQUE DE MONTE-ESCUETO

Cárlos Luis, duque de Monte-escueto, tenia sesenta años en la época que tuvieron lugar los acontecimientos que vamos narrando. Era un viejo hermoso, fuerte, sano, con una naturaleza vigorosa, á pesar de encontrarse en esa edad en que el hombre empieza á descomponerse.

Sus patillas blancas, sus blancos cabellos un tanto largos y peinados con elegante desórden, le daban un aspecto especial, distinguido, aristocrático, que atraia las miradas.

Dedicado desde su juventud á la carrera diplomática, habia desempeñado varias veces el delicado cargo de embajador de España en Lóndres, Paris, Viena y San Petersburgo, se hallaba relacionado con todas las cortes europeas, tenia una fortuna fabulosa y pertenecia á esa antigua raza aristocrática que no admite mezcla en su sangre ni concesiones en sus enlaces.

Desde tiempo inmemorial todos los duques de Monte-escueto se habian casado con mujeres de su clase. Los reyes eran siempre no solamente sus padrinos sino los encargados de buscarles sus compañeras para conservar puro su antiguo abolengo.

El duque era un hombre especial y tenia un criterio exclusivo para apreciar los afectos del alma, aceptaba todas las locuras que se cometieran por una querida hermosa, pero no comprendia que un noble de su raza se casara por amor con una muchacha plebeya, aunque fuera inteligente como Débora, casta como Susana, hacendosa como Ruth y bella como Elena.

La mujer propia, la que lleva el nombre del marido, la que le da los hijos legítimos, que con el tiempo deben heredarle, segun el duque no importaba que no se amara, con tal de que estuviera colocada al mismo nivel social del marido.

El amor, segun él, podia comprarse cuando uno es rico; la mujer propia es para procrear, para asegurar la raza. Uno de los adornos que él creia de más precio en la casa de un noble, era el *cinturon de honor* de los tiempos de feudalismo. No veia otro modo de castigar el delito de infidelidad de una esposa noble que con la muerte; las mezclas de clases le repugnaban y echaba de ménos aquellos tiempos en que el paño burdo y la estameña vivian separados del raso y el terciopelo.

El duque recordaba con marcado desprecio á Ricardo el inglés y á Pedro el Grande el moscovita, porque se habian casado con dos plebeyas.

Despues de estos ligeros antecedentes, vamos á presentar en escena al noble duque de Monte-escueto.

Cárlos Luis era un viejo excesivamente limpio, á quien como él decia á pesar de sus sesenta años, no le faltaba ni un pelo ni un diente.

Su ayuda de cámara era un inglés callado como un poste y exacto en el cumplimiento de sus deberes como un cronómetro de mar; nunca retardaba un minuto sus obligaciones.

Serian las once de la mañana. El ayuda de cámara acababa de afeitarse á su señor como todos los dias, y el duque despues de limpiarse los dientes, operacion en la que invertia media hora, durante cuyo tiempo el ayuda de cámara le leia la parte política de dos ó tres periódicos ingleses, se levantó y preguntó por su hijo.

El ayuda de cámara le contestó con un laconismo verdaderamente británico:

—El señor conde almuerza hoy con el señor duque.

—Me alegro, hace dos dias que no le veo y tengo que darle una gran noticia.

Y el duque se encaminó hácia el comedor.

Octavio, de pié junto á la chimenea, leia un periódico.

Al oír las pisadas de su padre dejó el periódico y le salió al encuentro y ambos se sentaron á la mesa.

Un criado les sirvió una bandeja con ostras.

Octavio estaba más pálido, más taciturno que de costumbre.

El duque habia observado este cambio en la fiso-



EL SUEÑO, cuadro de Hans Makart





¡ABSUELTA...! (COPIA DE UN CUADRO DE J. WEISEN)





MUSICOS ARABES, dibujo de A. Fabrés, grabado por E. y A. Tilly



nomía de su hijo, pero atribuyéndola al cansancio que deja una noche de placer, nada le dijo.

Cuando el duque se hubo engullido la décima ostra levantó un poco la cabeza que tenía inclinada sobre el plato, y dijo:

—Querido Octavio, anoche estuve en palacio y la señora te hizo el honor de preguntarme por tí.

La señora entre los cortesanos es la reina.

—Se lamenta con justicia de que vas poco por palacio, además dice que tiene que hablarte de un asunto importante: procura ir mañana á verla.

—Iré.

—¿Qué tienes?... ¿Te falta dinero?

—No, padre mio, con la renta que me has señalado basta y sobra para mis necesidades.

—Es que los vicios á tu edad consumen mucho dinero y yo deseo que no carezcas de nada.

—Primeramente, no tengo vicios.

—Haces mal, porque los vicios, querido Octavio, proporcionan muy buenos ratos,—añadió el duque riéndose.

Y despues dejó de reirse y se quedó mirando á su hijo.

Octavio parecia estar triste, ó por mejor decir, disgustado.

El duque, despues de una ligera pausa, añadió:

—Tienes veintitres años, te encuentras en la edad más hermosa de la vida, eres robusto y rico.... ¿y no tienes vicios?... pues entónces, querido Octavio, apostaría doble contra sencillo que estás enamorado.

—Tal vez.

—¡Hola! á ver, cuéntame eso, porque te advierto que el amor lo conceptúo una necesidad de la juventud, pero una necesidad que no debe pasar nunca de los límites del entretenimiento.

—Yo amo á una mujer con toda el alma.

—El alma!... ¿dónde está el alma? ¿en qué punto del cuerpo reside?

—El alma es la que da la vida á todo el sér humano.

—¡Bah! lo que tú llamas alma no es otra cosa que el deseo; pero en fin, aceptemos que amas á una mujer con toda el alma: y ella, ¿te ama?

—Con todo su corazón.

—Perfectamente, ¿y es hermosa?

—Es un ángel de hermosura y de bondad.

—Hijo mio, desde los diez y ocho años hasta los cincuenta que me retiré á la vida pacífica del hogar, he conocido íntimamente más de cincuenta ángeles de belleza y de bondad, y puedo asegurarte que todos ellos me han arañado de lo lindo siempre que han tenido ocasion. Tu difunta madre ha sido la única mujer que me ha sido fiel; comprendió su mision sobre la tierra y la cumplió con exactitud, pero en fin, puesto que os amais no veo inconveniente en que ese amor llegue al período en que se dice la última palabra.

—¿Luégo V. no se opone?—preguntó Octavio como si concibiera una remota esperanza.

—¿Oponerme á qué?—preguntó el duque frunciendo ligeramente el entrecejo.

—Padre mio, cuando se trata de una mujer honrada, creo que en amor no puede decirse esa última palabra que V. acaba de indicar sin que un sacerdote bendiga á los enamorados.

—Cómo, cómo, ¿se trata de casorio? ¿pero quién es ella?

—Ya he dicho que una jóven virtuosa.

—Bien, hombre, bien; pero no basta la virtud ni la hermosura para que el heredero del duque de Monte-escuetó conduzca ante los altares á una mujer.

—Pues bien, padre mio, la jóven que yo amo es hija de esa gran actriz que V. tantas veces ha aplaudido en el Teatro Español.

(Continuará)

#### QUIEN SIEMBRA VIENTOS...

El señor marqués viudo del Cilantro y su hija Genoveva eran las dos personas más ilustres de una aldea andaluza, donde vivian aislados en su casa solariega, única finca, que con un huerto contiguo á la misma, conservaban del que fué patrimonio de sus mayores. Tenian una criada vieja, á la que no pagaban nunca su salario; tenian un jardinero que sólo cobraba lo que podia sacar de algunas hortalizas que cultivaba en el huerto; y tenian además, una altivez tan entera, que nadie, excepto el señor cura, podia envanecerse de haber merecido un saludo del padre ó de la hija.

Era alcalde de la aldea un tal Ruperto Tejoleta, y segun merecidísima fama, jamás hubo mollera más berroqueña que la que bajo una espesa zalea, mal llamada pelo, escondia el señor alcalde; ni persona de peores tripas, excepcion hecha del antiguo fiel de fechos, que el consabido señor alcalde; ni

hombre de más gramática parda y más aficionado á que grandes y chicos se sometieran á su voluntad, que el mismísimo señor alcalde.

Prestando al sesenta por ciento y metiéndose en lios y trapiondas de que sólo el diablo pudo sacarle con bien, reunió una fortuna crecida y saneada, y habiéndose casado en sus verdores con una prójima que tambien tenía el riñon cubierto, logró fruto de bendición á los nueve meses justos, de lo cual estaba tan orgulloso como de que su hijo, al que nadie conocia con otro nombre que con el de Tejoleta, no desmintiese el refran que dice, que siempre salen los cascos á la botija.

Situada la aldea en la falda de una sierra, entre cuyas rocas brotaban abundantes manantiales de agua excelente, el término municipal, pedregoso en unos sitios, quebrado en otros y pintoresco en todos, presentaba grandes maravillas de vegetacion y deliciosos puntos de vista, que solia aprovechar para sus lienzos un pintor paisajista que residia en una ciudad inmediata.

El pintor, mancebo gallardo y elegante, habia visto á Genoveva. Enamoróse él de ella, y ella se enamoró de él. El marqués, tan desdenoso con sus convecinos, toleró benevolente los amores de su hija, y aunque sabia muy bien que por las tapias del huerto se arrullaban aquel par de tortolillos, jamás se dió por entendido de semejantes arrullos. Es indudable que el linajudo caballero hubiera preferido un yerno de nobilísima prosapia: indudable es tambien que pensaba frecuentemente con repugnancia en la posibilidad de llegar á ser abuelo de una porcion de plebeyos que no dejarian de dar señales, andando el tiempo, de su vulgar origen; pero la idea de que su hija, reducida ya á la mayor estrechez, llegara á verse en una espantosa miseria, acallaba todos sus escrúpulos y le hacia desear que el pintor se apresurase á manifestar deseos de recibir el sétimo sacramento.

Tuvo por entónces Tejoleta un altillo en la plaza con el ex-fiel de fechos, que le enderezó algunas pullas poco caritativas con motivo de estar fijado en la puerta del cabildo un bando en que la firma de la autoridad decia *Ruperto* en vez de *Ruperto*. El señor alcalde tomó la cosa por donde quemaba: pronunció la palabra desacató, y sopló en la cárcel al ex-fiel, demostrando así que si él era capaz de comerse una letra de su firma, no lo era de tragarse una burla, aunque estuviese justificada. Tejoleta habia hecho siempre buenas migas con el preso: influyó en su favor y consiguió su libertad.

El mismo día, Tejoleta padre se puso los trapitos de cristianar y visitó al ilustre marqués del Cilantro.

—A la paz de Dios, señor marqués.

—Muy buenos días, señor alcalde. A qué debo el honor....

—¡Pues ná! Yo iré desembuchando y usted irá oyendo. Ya sabe V. que tengo en mi cuadra ocho pares de mulas que son ocho pares de soles.

Al marqués le pareció falsa de toda falsedad la comparacion, pero guardó silencio.

—Sabrá V. que tengo de mi propiedad más olivares, tierras, viñas, huertos y doblones que los demás pudientes del pueblo juntos.

El marqués pensó en su pobreza y siguió guardando silencio.

—Tengo además un hijo único que es de lo más listo y civilizado del país, mejorando lo presente, y V. tiene una hija que, salvo ciertos melindres, es una moquita muy apañada y muy retrechera.

El marqués sintió que su educacion no le permitiese llamar animal al señor alcalde, y continuó guardando silencio.

—Pues como iba diciendo, yo me he dicho al ver todo lo que tengo y todo lo que me falta: mi chico debe casarse con la chica del señor marqués: así yo y mi chico nos volveremos de sangre azul, y el señor marqués y su chica, que están más perdidos que las ratas, no se morirán de hambre.

El marqués tuvo otra vez deseos de llamar animal al alcalde, pero se limitó á decir con la más exquisita urbanidad:

—Agradezco á V. la honra que quiere dispensarnos; pero con mucho sentimiento de mi parte no puedo acceder á sus pretensiones. Mi hija tiene ya hecha su eleccion.

—¡Pues ná! tan amigos como ántes. A los piés de V., señor marqués.

—Vaya V. con Dios, señor alcalde.

Tragando saliva, salió Ruperto de la casa solariega, muy convencido, sin embargo, de que si Genoveva no tuviera novio, se daria con un canto en los pechos casándose con Tejoleta, que un día ú otro habia de ser el que tuviese más pares de mulas, más olivares, más tierras, más viñas, más huertas y más doblones de todo el pueblo.

Entró en el cabildo, y allí, á puerta cerrada, refirió lo sucedido al alguacil.

—Pues el forastero está hoy aquí, dijo el alguacil. Hace un rato que habiendo yo ido á coger ranas á los charcos que hay detrás del huerto del señor marqués, lo he visto hablando con su novia, y oí que se citaban para pelar la pava esta noche á las ánimas.

—¿La pava, eh?—exclamó el alcalde frunciendo el entrecejo.—Sígueme.

Salieron del cabildo, con sus respectivos bastones, y entraron en una taberna. Media docena de holgazanes viciosos, de esos que desgraciadamente no faltan en ninguna parte, jugaban al monte en el corral de la taberna.

—¡Todos á la cárcel!—dijo Tejoleta, cruzando el baston sobre la mesa de juego.

Los jugadores quisieron sincerarse; pero el alcalde enarboló el baston y añadió:—Al que me chiste, lo reviento. Mejor fuera que en vez de robaros los cuartos unos á otros, tuvierais hígados para dar una paliza á quien dispusiera mi autoridad.

—¿Y qué íbamos ganando con eso?

—¡Pues ná! que en vez de ir presos podriais seguir jugando siempre que os diera la gana.

—¿A quién hay que romperle el bautismo? Haga su merced cuenta de que ya lo tiene roto.

—¿De veras?

—Por nuestra salud.

—Esta noche á las ánimas, habrá un hombre con traje de rayas blancas y azules, y sombrero de paja, rondando junto á las tapias del huerto del señor marqués.

—Será el novio de la hija.

—Será el que sea. Acechadle, armados de buenos garrotos.

—Acecharemos.

—Aunque le conozcáis, haced como que no le conocéis. Que no le quede un hueso sano.

—No le quedará.

—Aunque alguien acuda á deteneros, haced como que no os enteráis y sacudidle tambien el polvo al que acuda.

—Se le sacudirá.

—Pues no hay más que hablar. Y en vista de que yo me hago cargo de todo, podeis seguir jugando, ya que sois obedientes á las órdenes de vuestro alcalde.

Despues de esta escena, ocurrió la siguiente entre Tejoleta y Tejoletilla.

—¿Sabes que el marqués dice que su hija no se peina para tí?

—Lo que yo sé es que esa chavalita me gusta más que el *sursum corda*, y que ó me la dan ó la robo.

—No seas bruto. Tienes un padre rico, alcalde y amigo de que nadie le moje la oreja. Tú serás marqués.

—¡Eso! y marqués forrado de onzas; no marqués con comidas atrasadas, como el que no quiere ser mi suegro. Verá V. cómo yo desafío á ese pintamonas que anda haciendo la rueda á Genoveva.

—Vuelvo á decirte que no seas bruto. No hay necesidad de que te expongas: corre de mi cuenta hacerte de sangre azul.

Mientras hablaban padre é hijo, el jardinero del marqués hablaba con el antiguo fiel de fechos, á quien habia servido muchos años.

—Vengo á ver á su merced,—le dijo,—porque el alcalde nos ha pillado á algunos amigos jugando y nos ha dicho esto y esto y esto.

Aquí le contó la escena del corral de la taberna.

—¿Tienes ahí la llave del huerto de tu amo?—preguntó el ex-fiel, relampagueándole los ojos de alegría.

—Siempre la llevo en el bolsillo.

—Pues dámela, y á las ánimas á repartir leña sin miedo. El alcalde sabrá por qué administra justicia á garrotazos. ¡Ah! mira; no digas á nadie que me has visto.

El jardinero entregó la llave sin resistencia, y el ex-fiel de fechos salió á pasear por una alameda donde todas las tardes le esperaba Tejoletilla. Apénas se reunieron, el viejo, con la intencion de un toro, se lo llevó hácia un riachuelo donde sabia que el pintor se bañaba cuando iba á la aldea. El muchacho contó la conferencia que habia tenido con su padre, repitiendo que le gustaba Genoveva más que el *sursum corda* y que ó se la daban ó la robaba.

—Para que veas que no guardo rencor á tu padre por haberme metido en la cárcel,—dijo el viejo,—y que me intereso por tí, has de saber que he estado pensando de qué manera lograríamos que el marqués, á pesar de su endiablado orgullo, fuera mañana mismo á pedirte por favor que te cases con su hija.

—Lo que es eso....

—Pues eso es muy sencillo. Por lo pronto, allí

tienes á tu rival que se está desnudando para bañarse.

—¡Ojalá se ahogue!

—Figúrate tú que sin que te vea te apoderas de su traje de rayas azules y blancas y de su sombrero de paja.

—Ya me lo figuro.

—Figúrate que á las ánimas le espera Genoveva asomada á las tapias de su huerto.

—Por allí sé que pelan la pava.

—Y figúrate que de la puerta del huerto es esta la llave.

—Ya me va gustando. Siga usted.

—¿No entiendes?... El forastero, que no tendrá aquí más ropa que la puesta, cuando acabe de bañarse y se encuentre sin más que la camisa y los calzoncillos, tendrá que esperar á que cierre la noche, y cuando ya haya cerrado tendrá que volverse á la ciudad, porque no ha de ir á pelar la pava en paños menores. Tú, entre tanto, con su traje, para que Genoveva crea que eres él, te acercas á las tapias del huerto y abres la puerta y te cueles dentro.

—Ya no me gusta eso. Ella me conocerá, me dirá cuatro frescas, y se meterá en su casa.

—Eso podría suceder si nosotros no tuviéramos talento, pero como tenemos talento, al mismo tiempo que tú entras por la puerta del huerto, haremos que unos cuantos amigos entren por la puerta de la casa diciendo que han visto saltar á un hombre por las tapias. El marqués se alarmará; irán todos á averiguar la verdad; os cogerán juntos á tí y á Genoveva, y te obligarán á casarte con ella.

Tejoletilla dió un abrazo á su amigo. Cinco minutos despues se había apoderado cautelosamente de la ropa del pintor.

Cuando aquella noche sonó el toque de ánimas en la única iglesia de la aldea, el hijo del alcalde, con el traje de rayas azules y blancas se acercó al postigo del huerto del marqués, metió la llave en la cerradura, abrió, y adelantó un pié para entrar. Al mismo tiempo una mano vigorosa le cogió por el cogote, haciéndole retroceder unos cuantos pasos. Antes de que el jóven pudiera darse cuenta de lo que le pasaba, comenzó á llover sobre él tan descomunal paliza, que pronto cayó al suelo ensangrentado y echando por su boca sapos y culebras.

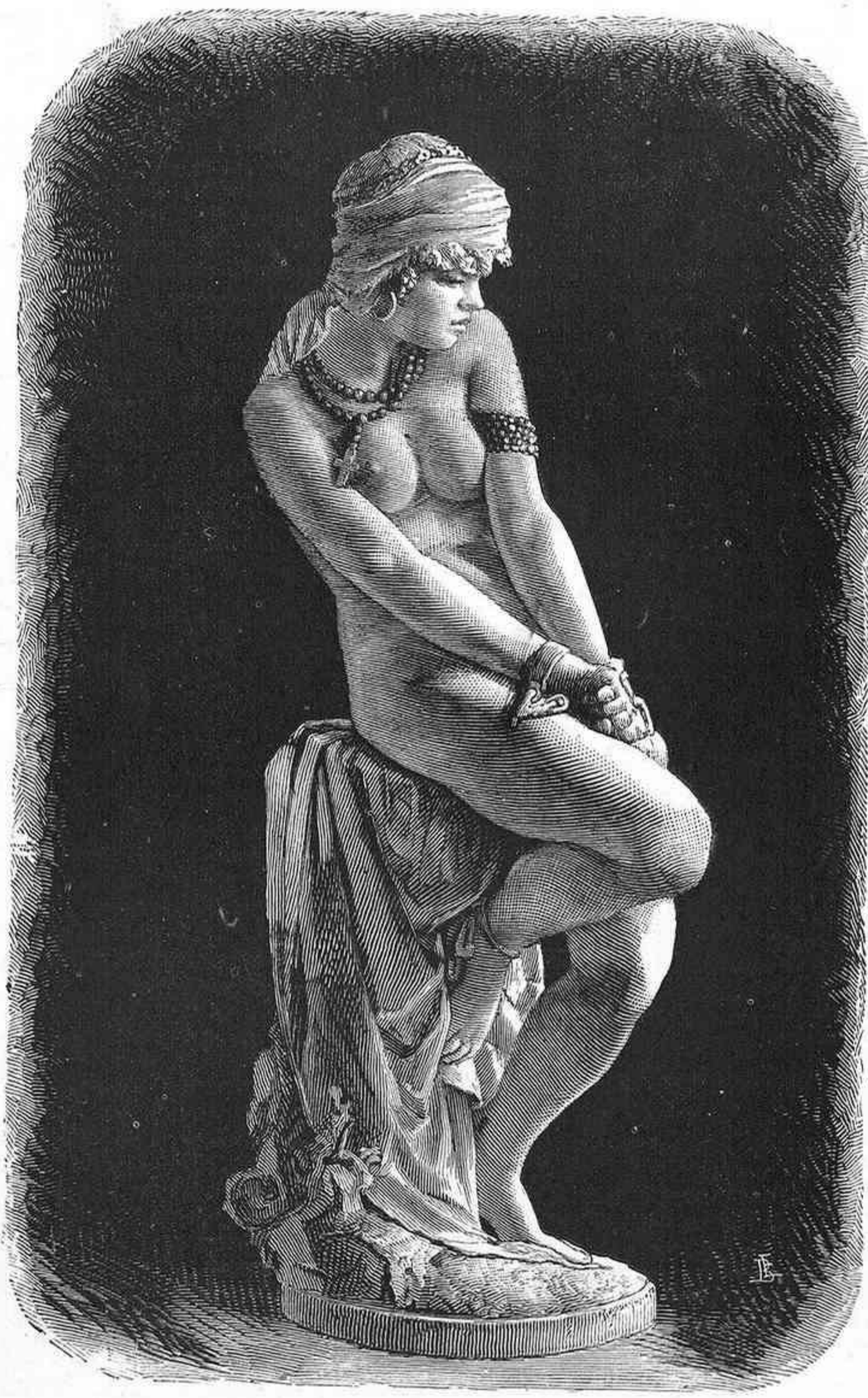
Genoveva, que esperaba á su amante asomada á las tapias del huerto, y que á la indecisa claridad de la naciente luna había observado atónita el principio de tan lamentable suceso, dió un grito agudo y cayó sin sentido sobre las flores de un arriate.

El pintor, que al salir del rio y echar de menos su ropa, se había vestido tranquilamente con la de un labriego que estaba nadando á corta distancia, avanzaba en aquel momento por una senda abierta entre unos rastrojos y un barranco. Al oír el grito de Genoveva, aceleró el paso. Agazapado en mitad de la senda, sorprendió al ex-fiel de fechos, saboreando el placer salvaje de cobrar en las costillas de su amigo Tejoletilla el agravio de la encerrona con que poco ántes le había mortificado el alcalde Tejoleta.

—No pase usted, que hay peligro, dijo en voz baja queriendo detener al artista. Este le echó á un lado violentamente, y el vengativo viejo, perdiendo el equilibrio, rodó como una pelota hasta el fondo del barranco.

El señor alcalde había acudido también á ser testigo presencial del acto infame con que esperaba dar fin á los amores de Genoveva y facilitar la boda de sus olivares, tierras, viñas, huertas y doblones con los rancios pergaminos de los Cilantros. Al oír los lamentos y la voz de su hijo, corrió en su auxilio. Rosas y claveles eran los sapos y culebras que salían de la boca del muchacho comparados con los que vomitaba la del autor de sus días y de su derrengamiento. Los apaleadores, ciñéndose estrictamente á las órdenes recibidas, aplicaron al alcalde otra tanda de garrotazos que no tenía nada que envidiar á la de su unigénito.

El pintor, viendo abierto el postigo del huerto, se precipitó dentro sin hacer caso de los que fuera apaleaban. A los pocos momentos sostenía en sus brazos desmayada á Genoveva. Así la encontraron el marqués y unos cuantos aldeanos que, con luces, acudieron al huerto, donde los últimos aseguraban



LA ESCLAVA, estatua por Jaime Ginotti

que habían visto entrar á un hombre por las tapias.

Quince días despues se contaba en la aldea que se había casado el pintor con Genoveva; que Tejoleta no volvería á escribir *Rupeto* en vez de *Ruperto*, porque había quedado inutilizado del brazo derecho á consecuencia de una caída de su caballo; que Tejoletilla estaba tuerto por haber usado equivocadamente aceite de vitriolo en vez de un colirio para combatir un principio de oftalmía; y que el antiguo fiel de fechos andaba con muletas por obra y gracia de un reuma articular agudo.

Alguien, sin embargo, sospechaba que el cojo, el tuerto y el manco debían á defectos morales aquellos defectos físicos.

PEDRO MARÍA BARRERA.

Madrid 5 Abril 1882.

CRONICA CIENTIFICA  
NON PLUS ULTRA

«No hay más allá.»

Cuentan las tradiciones y la fábula que Hércules esculpíó con caracteres de oro esta afirmacion jactanciosa en dos altísimas columnas levantadas por él en las playas gaditanas.

De los doce famosos trabajos que Hércules se vió obligado á ejecutar por orden de Euristeo (á quien lo habían sujetado los Destinos por el gran delito de haber nacido horas despues) fué el décimo su venida á España, para llevarse á la Argólida aquellas vacas terribles que con carne humana mantenía el ferocísimo rey Gerion, cuyo cuerpo era triple; por manera que disponía de seis piés y de seis manos, con las cuales daba no poco que hacer en los combates. A pesar de que estas vacas se hallaban custodiadas por un dragon que tenía siete cabezas, Hércules supo apoderarse del ganado con su ya entónces acreditado valor y maña portentosa, y hasta le sobraron tiempo y ganas para separar los montes Abyla y Calpe, dejando al uno en Africa y al otro en Hesperia; con cuya ruptura unió el Océano al Mar Mediterráneo. Los navegantes lla-

maban entónces á estas fronteras montañas las columnas de Hércules; pero, en honor de la verdad, á quien todos debemos rendir culto, las jactanciosas columnas estaban colocadas en el gran Templo de Gádes, y en ellas reluciente el áureo NON PLUS ULTRA, escrito en fenicio para mayor claridad.

Seguramente Colon no tendría noticia de semejantes columnas, ó no sabría fenicio; porque, si llega á dar crédito á la antiquísima inscripcion, de seguro que no descubre el Nuevo Mundo. O tal vez, como Colon era un Genio, es decir, uno de esos presumidos que por sí piensan é investigan, se empeñaría en ver si había algo más allá, por lo mismo, acaso, que le decían: NON PLUS ULTRA.

El progreso es imposible en una sociedad que profesa el degradante dogma de la petrificación NO HAY MÁS ALLÁ, divisa de la miseria.

Si imaginamos que la manera de suceder las cosas es consustancial con su existencia, jamás podremos concebir que las cosas puedan ser de otra manera diferente, ni buscaremos nuevos medios de producción; porque consideraremos lo actual como lo único posible y necesario; haremos de nuestra escasa ciencia presente el molde y la turquesa de lo mucho que ignoramos; y, nuevos Procustos, rechazaremos con toda la intolerancia de quien se cree en posesion de lo absoluto, la inmensidad de cuanto reposa todavía inexplorado en el fecundísimo seno de lo desconocido; trataremos de anarquistas á los innovadores, que nos traen el bien; y los perseguiremos sin razon, y hasta los quemaremos sin remordimiento en la conciencia, ó acaso, con el triste regocijo del que juzga cumplir con un sagrado deber.

¿Quién el siglo pasado pudo prever las maravillas del actual? ¿Los dibujos de la luz? ¿La fuerza del vapor? ¿La instantaneidad de la electricidad? ¿El rayo dominado? ¿Los apartados continentes comunicándose sus ideas por medio de alambres sumergidos en el fondo de los mares? ¿El movimiento transformado en luz, en calor, en electricidad? ¿La electricidad convertida en movimiento? ¿Las sustancias químicas organizadas por las fuerzas físicas? ¿El calor transformado en sonido? ¿Oír una sombra? ¿Conservar la palabra? ¿Regenerar los huesos? ¿Dar el habla á los mudos? ¿El parto sin dolores?... ¡Oh! ¡qué sabemos hasta dónde va á llegar la Humanidad!

Y, sin embargo, ¡cuántas de estas asombrosas realidades fueron juzgadas imposibles!

Imposible el más allá: no se pasa de aquí, han exclamado en todos tiempos los sabios en posesion de la ciencia relativa.

«El aire no pesa,» dijo Aristóteles: «Yo he pesado una odre llena de aire y vacía despues; y mis medios de medir no han acusado diferencia.» Y, detenidos por esta afirmacion de una eminencia científica, se pasan 20 siglos, hasta que Pascal y Torricelli evidencian en el barómetro el peso de la atmósfera.

«Es imposible, dice el gran Newton, hacer lentes con las cuales podamos distinguir claramente los objetos; porque los colores del arco iris aparecerán siempre en los bordes y perturbarán la distincion de las imágenes. No hay PLUS ULTRA en las lentes de Galileo.» Y, para evitar en lo posible los efectos de la irisacion, el astrónomo Hooke propone, con la mayor seriedad científica, la construccion de un anteojo cuyo tubo debía tener muy cerca de una legua, con el fin de averiguar si hay habitantes en la Luna. Pero Hall y Dollond quitan los colores á las lentes; y hoy, sin necesidad de tan fantástico tubo, podemos asegurar que no hay en la Luna edificios como nuestras catedrales, ni manadas de toros como las de las Pampas de la República Argentina; pues con los grandes telescopios, como los de Herschell y Lord Ross, ó con los nuevos refractores de los observatorios Norte-americanos, distinguiríamos en la Luna, si las hubiese, tropas en orden de batalla, flotas, y hasta ferro-carriles y canales.

«Sólo la fuerza misteriosa de la vida procede por síntesis,» afirmaban resueltamente Berzelius y Ger-

hardt hace casi medio siglo, y no pasaron veinte años sin que Berthelot efectuase la grande y fecundísima síntesis de la acetileno por la combinación directa del carbono y el hidrógeno mediante la agencia de la electricidad.

«Imposible que el hombre se eleve por los aires,» estuvieron diciendo los sabios de otros días hasta que Mongolfier inventó los globos aerostáticos.

«Imposible fijar las imágenes de los objetos en la cámara-oscura,» aseguraban doctas Academias; pero un oficial de caballería, Niepce, y un pintor de miniaturas, Daguerre, creyendo en el PLUS ULTRA, dan un mentís á los doctos académicos, y hoy cada cual posee, en una preciosa imposibilidad, retratada por la luz, las imágenes más caras á su corazón.

«Imposible navegar por medio del vapor de agua,» PLUS ULTRA, grita Fulton, el Loco de Nueva York, mofa de los ingenieros y afrontador imperturbable de silbas de la multitud.

«¿Quién suprimirá el dolor?»—«Yo,» dice el cloriformo.

¡Cuánta imposibilidad para nuestros padres es hoy posibilidad para sus hijos! ¡Cuánta utopía de entonces, es realidad de ahora! ¡Cuánto absurdo en otros siglos, es axioma en el presente! ¡Cuánto intento maldecido en el presente, será bendición en lo porvenir!

Temible es sin duda la ignorancia que en cualquier adelanto mira un cambio y en toda variación un cataclismo. Pero incontestable casi es quien, después de haber vencido gloriosamente multitud de obstáculos, se encuentra detenido por un impedimento superior á sus fuerzas y recursos, y exclama con la autoridad de los que nunca han sido derrotados: NON PLUS ULTRA, NON PLUS ULTRA.

En todas las edades de la Historia han existido preocupaciones que, como las vacas del rey Gerion, se alimentaban de carne humana: siempre ha habido dragones de 7 cabezas, y lo que es peor, de 7 bocas, que las han custodiado y defendido: siempre los Destinos han suscitado Hércules portentosos y afortunados que han destruido á los dragones, se han apoderado de las vacas, y han abierto paso entre los montes que interrumpían la comunicación de las razas; pero siempre ¡oh dolor! esos Hércules grandiosos, engreídos con sus triunfantes hazañas, y confiados en su ciencia relativa, han levantado en las playas hasta donde llegaron sus triunfos, columnas eminentes en las cuales han escrito con caracteres relumbrantes: NON PLUS ULTRA: NON PLUS ULTRA.

«Imposible la seguridad personal, sin los muros torreados, sin el puente levadizo, sin los hombres de armas,» dicen en la Edad media el rico-home y el baron feudal. Ahora gozan sus descendientes sin cotas de malla, el reposo que á ellos no les permitió jamás el ruido de la guerra.

«No hay sociedad sin esclavitud,» dijo la filosofía de la antigüedad. Y el opulento patriciado de Roma juzgaba necesario desangrar las provincias conquistadas para poder tener á la mesa un pez sabroso ó disfrutar comodidades que ahora son usufructo de los pobres.

¿Cuándo tuvo el patricio romano, hasta saciarse, lo que ahora tienen todos sin apreciarlo casi? ¿El té de la China, el café antillano, el cacao de Socot-



LA VENTA DEL AMOR, dibujo de R. Rossler

nusco, el pez de Terranova, el algodón americano, la quina del Perú, el azúcar, la patata...? ¿Qué atezado segador no puede trasladarse en ferrocarril de una provincia á otra durante los ardores del estío? ¿Quién viajaría hoy en la silla del emperador Carlos V, cuya comodidad de entonces nos parecería hoy tormento inaguantable? ¿Quién no puede saber por telégrafo la suerte de las personas de su amor? ¿Quién no pone hoy á contribución en cada instante los productos de todo el Universo?

Luis XIV, con el enorme presupuesto reservado para sus *menús plaisirs* sostenía un teatro exclusivamente suyo. Carlos IV poseía tiros de mulas escogidos para sus viajes. Correos de gabinete tenían todos los monarcas para comunicarse entre sí. Pues los adelantos modernos han democratizado el mundo de tal modo, que hoy ningún emperador puede tener de su exclusiva propiedad un gran teatro: el coche de los grandes de la tierra vuela sobre los mismos carriles de hierro que el coche del proletario, y no es menor la velocidad del coche de tercera que la del que transporta al potentado. Los propios alambres sirven al pobre que al rico. Para ninguno se hace diferencia en la impresión ó el papel de los periódicos. ¿Qué alimentos usa el opulento que no estén alguna vez al alcance de una económica medianía? Ni aun goza de medicamentos que no pue-

da pagar al indigente la caridad pública. NON PLUS ULTRA es más acaso la divisa de la miseria que de la vanidad. Murió la esclavitud y hay abundancia.

¿Qué ha sido de todas esas demostraciones de imposibilidad?

ADELANTE debe ser siempre el grito de la Humanidad; que el mundo de lo ignorado es de riqueza mayor que el mundo de lo conocido.

Al empezar este siglo XIX podía científicamente apostarse que no llegaría á 30 años el niño que naciera, por ser menor que ese plazo el término medio de la vida humana: hoy se puede apostar que el recién nacido pasará de 40, por ser ahora de 11 años más el término medio de la vida; que á este milagroso resultado de detener los pasos de la muerte han podido llegar los incrédulos en el NON PLUS ULTRA: los que han concluido con la lepra, inventando el telar mecánico y dando baratas las ropas interiores prescritas por la higiene y el asco; los que han desterrado el hambre avisando con el telégrafo cuando se han perdido las cosechas en un vasto territorio que traigan las locomotoras el trigo de la vida: los que han saneado pantanos, establecido salva-vidas, propagado la vacuna, aislado epizootias, pedido á la química medicamentos nuevos, asegurado la navegación, fomentado el comercio, universalizado la industria, centuplicado la agricultura, generalizado la enseñanza, y creado audazmente todo este orden de cosas moderno, que cloroformiza el dolor, que alarga la vida, que dignifica al hombre, y que sólo vituperáis vosotros, sectarios insensatos del NON PLUS ULTRA, porque acaso sabéis lo que pasa en los gobiernos, pero ignoráis completamente lo que pasa en la Humanidad, sin sospechar siquiera que vuestro NON PLUS ULTRA, vuestra petrificación en lo antiguo, vuestro estancamiento en la imperfección, os había de costar á vosotros y á los seres de vuestro amor cuando ménos 10 años de la vida.

¡Gloria, pues, á los que, como Colon, no se hincan

de rodillas ante las columnas del NON PLUS ULTRA de ningún Hércules de la vanidad! ¡Gloria á los que no se sientan á las sombras de la Muerte! ¡Gloria á los que caminan, aunque sea hacia las regiones de lo fantástico! que quien se mueve algo halla.

Arkwright, á quien, aunque dotado como nadie del don de la mecánica, tuvieron los desatinos sociales en una humilde barbería hasta los 36 años de su edad, buscando el movimiento continuo, dió con el telar mecánico, maravilloso invento al cual debe Inglaterra no pequeña parte de su poderío. Cristóbal Colon soñaba con encontrar el paraíso terrenal cuando se le interpuso en el camino el gran continente americano. Los que trabajaban en busca de la piedra filosofal, que había de transmutar en oro puro los más viles metales, inventaron más que el oro, porque fundaron la química inorgánica. Los que buscaban el elixir de la vida para hacernos inmortales y mantenernos siempre jóvenes y hermosos, hallaron otra cosa algo mejor, pues sentaron las bases de la química orgánica, la cual, hasta cierto punto, detiene y ataja los pasos de la muerte.

Adelante, que tras esto hay algo mejor. ¡PLUS ULTRA: PLUS ULTRA!

E. BENOT

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON